

4:35

Aquí estoy otra vez, sentado en el centro de una habitación oscura y vacía cuyo suelo y paredes son bastante acolchados. Otra vez llevo este maldito chaleco que no me deja mover los brazos ¿Por qué me visten tan raro? Por aquí veo a gente con pijamas naranja muy chulos, otros van más elegantes con camisas, corbatas y gorras, aunque estos últimos llevan un cinturón que parece pesar mucho. Pero a mi me ha tocado una ropa muy incómoda y fea. No me gusta. Pero parece que tampoco la puedo cambiar, y no sé por qué. Estoy aburrido, en la habitación no hay nada, solo escucho un ruido muy fuerte a las 4:35 de la mañana, supongo que será un despertador, no sé. Luego entra uno de estos señores elegantes para jugar conmigo, saca un cañón de confeti y de repente me entra mucho sueño. Me despierto varias veces durante la noche, porque mis amigos me están llamando para jugar, pero cuando me despierto ya han empezado el escondite sin mi, y eso me pone triste, porque nunca consigo pillarlos. Mamá nunca me dejaba salir a jugar, me decía que ya vivían demasiados amigos en casa, pero nunca los veía porque siempre estaban jugando. A veces los señores de las camisas me dan un paseo a hablar con un hombre que dice que se llama Psiquiatra (siempre he creído que el nombre era muy raro, creo que es alemán), y mientras vamos llevan más cañones de confeti en las manos y a veces los abren. Mi amigo Psiquiatra es a uno de los pocos que consigo encontrar jugando, pero dice palabras muy raras que no comprendo, el otro día dijo que estaba “*transtornatado*” o algo así, creo que significa que me ve bien, así que fui a darle un abrazo y de repente me entró mucho sueño.

Me volví a despertar en la habitación oscura por el timbre, y tenía muchas ganas de ver a mi amigo para ver el cañón de hoy. ¿De qué color sería el confeti?

Me extrañé porque en vez de mi amigo entró un hombre más mayor, con un traje. Creo que era su padre o algo.

— ¿Qué tal? — Me dijo.

— Hola, muy bien, ¿y tú? — Le respondí.

— Soy Francis Knopfler, el alcaide.

— Hola Francis, encantado de conocerte, soy...

— Sé quien eres, imbécil. — Me cortó, era muy maleducado, a mi no me gusta eso.

— Verás, el juez ha aprobado la...

— Hola, ¿quieres jugar al escondite? — Escuché detrás mía.

Cuando me giré, ya no había nadie, se había escondido, pero le escuchaba reírse muy fuerte. Cuando me dí cuenta, ese hombre me pegó, según dijo, por no hacerle ni p*** caso. Así que decidí no buscar a mis amigos, tan solo hacer como que escuchaba a ese hombre para que se fuese. Dijo algo de una silla o una vacuna, no me acuerdo.

Cuando se fue el señor trajeado, me quedé un rato mirando la puerta cerrada. La miraba mucho, porque juraría que mis amigos estaban detrás, esperando a que me descuidara para correr dentro y asustarme. Pero no entraron. Me tumbé en el suelo acolchado, que ya está lleno de las marquitas que hago con las uñas, dibujando rayas para contar los días. Aunque al final nunca sé si son días o noches, porque

las luces de mi cuarto a veces se encienden y se apagan solas, como si alguien estuviera jugando conmigo desde fuera. Eso me da rabia, porque siento que me están ganando al escondite.

Una de las paredes tiene un trozo más blando que los demás, y allí me gusta apoyar la oreja, porque escucho cosas. Golpes, pasos, a veces hasta voces. Una vez escuché a una mujer llorar bajito, y pensé que era mamá, pero cuando le grité que viniera a jugar, la voz se calló de golpe. Desde entonces, cada vez que oigo algo ahí detrás, sé que son mis amigos que se esconden. Siempre están, aunque no quiera. Me puse a contar las rayitas otra vez, pero cada vez que las miro me parecen menos. No entiendo por qué: hago una nueva cada vez que me despierto, pero al día siguiente hay menos. Tal vez alguien entra por la noche a borrarlas. Quizás los hombres de cinturón, que siempre me vigilan. O tal vez mis amigos, que nunca quieren que sepa cuántos días llevo aquí.

Al poco, escuché pasos de nuevo. Esta vez eran dos, pesados, como si llevaran botas de hierro. Yo me acurruqué en una esquina, porque cuando suenan esas botas siempre pasa algo feo. Abrieron la puerta y apareció uno de los hombres elegantes con cinturón, pero venía acompañado de un señor que nunca había visto: tenía una bata blanca que brillaba mucho bajo la luz, y en sus manos llevaba una carpeta más grande que mi cabeza.

—¿Cómo está nuestro amigo hoy? —preguntó el de la bata, sonriendo.

—Muy bien —respondí, antes de que me lo preguntara directamente. Siempre hay que contestar rápido para que no se enfaden.

—Hoy toca una sesión especial —dijo, y alzó la carpeta como si fuese un tesoro.

Yo me emocioné, porque pensé que dentro vendrían dibujos, como los que hacía mi madre cuando quería que me durmiera. Pero cuando abrió la carpeta, solo vi hojas con rayas y garabatos, todos iguales, como si alguien hubiese estado jugando a llenar páginas con las mismas palabras.

—Mira, aquí está tu diagnóstico —me explicó, señalando las letras.

Yo fruncí el ceño.

—¿Ese es mi nombre secreto?

El de la bata rió bajito, pero el otro, el de cinturón, no se rió nada. Más bien me miraba serio, como si quisiera que desapareciera. Yo no entendía por qué me trataban así, si yo lo único que quería era jugar.

El de la bata se agachó para quedar a mi altura y me miró a los ojos.

—¿Sigues viendo a tus amigos? —preguntó, despacio.

Yo dudé. No sabía si era buena idea decir la verdad.

—Sí —respondí al final, bajito—. Pero a veces no me esperan para jugar.

—No importa —dijo el de la bata—. Hoy lo vamos a probar con la silla.

Yo me quedé mirándolo, confundido. Una silla. Eso sonaba genial, porque en mi habitación no hay ninguna. Siempre me toca sentarme en el suelo, y ya tengo las rodillas llenas de marcas por lo duro que está.

Mientras hablaban entre ellos, escuché una risa detrás de la pared. Mi amigo “El Pequeño” —así lo llamo porque su voz suena chillona— me susurró:

—No te sientes en la silla, que luego no podrás levantarte.

Yo hice como que no lo escuchaba, porque no quería que el señor de la bata se enfadara. Pero me quedé pensativo. ¿Qué tenía de raro esa silla?

De pronto, el hombre de cinturón salió del cuarto y volvió empujando algo con ruedas. Sonaba chirriante, como los carritos de supermercado cuando tienen una rueda rota. Era la silla.

Al principio me emocioné, porque pensé que sería como un trono. Pero cuando la vi de cerca me decepcioné un poco. Era de madera, con correas de cuero en los brazos y las piernas, y tenía un casco extraño colgado de un cable, como un casco de bicicleta. No era bonita. No parecía un juguete.

Me acerqué despacio, mientras mis amigos susurraban cada vez más fuerte:

—No te sientes.

—Es una trampa.

—Van a borrar tu juego.

Yo no entendía qué querían decir con eso, pero empecé a sentir un nudo en la barriga, como cuando uno sabe que se ha portado mal aunque no sepa qué ha hecho.

—¿Es para jugar a viajar al espacio? —pregunté, emocionado a la fuerza, intentando no mostrar miedo.

El señor de la bata asintió muy despacio, como si me estuviera siguiendo el juego.

—Sí... al espacio. Muy, muy lejos.

El de cinturón no decía nada, solo empujaba la silla hasta el centro de la habitación, arrastrando las ruedas por el suelo acolchado. Mientras tanto, detrás de la puerta, escuché otra voz. Esta vez no era uno de mis amigos habituales. Era una voz ronca, como de alguien muy viejo:

—Si te sientas, no volverás a contar rayas en la pared.

Yo me encogí de hombros, porque no sabía si era bueno o malo. A mí me gustaba contar rayas, aunque a veces desaparecieran.

El señor de la bata me tendió la mano, como si quisiera ayudarme a subir a la silla. Pero yo no me moví. Me quedé quieto, mirando primero la silla, luego su sonrisa, luego el cinturón del otro hombre. Y después, las esquinas de la habitación, por si mis amigos salían corriendo para salvarme.

Y mientras me empujaban hacia la silla, lo único que pensé fue: “Quizás, si cierro los ojos muy fuerte, cuando los abra estaré en otro sitio. Quizás, en el parque que nunca me dejaban visitar.”

Pero al abrirlos, seguía allí. Frente a la silla. Y todos me miraban.

Mis amigos me ayudaron a sentarme, íbamos riéndonos, incluso me daban toquecitos amistosos y me pusieron el casco de bicicleta.

Aunque por lo que me dijeron cuando me quejé de que me mirasen, no había nadie. No recuerdo más, tampoco siento haberme vuelto a despertar en la habitación. Solo me acuerdo de escuchar al hombre del traje diciendo: “Enciéndela, son las 4:35”.